

DIOS PADRE, ORIGEN Y MEDIDA DE LA MATERNIDAD DE MARÍA Y E LA IGLESIA

(En el tercer año de preparación del Jubileo dedicado a la primera Persona de la Santísima Trinidad).

1. Programa pastoral propuesto para 1999 en la Carta “Tertio Milenio adveniente”.

<<El 1999, *tercer y último año preparatorio* (del Jubileo del tercer milenio), tendrá la función de ampliar los horizontes del creyente según la visión misma de Cristo: *la visión del <<Padre celestial>>* (cf. Mt 5, 45), por quien fue enviado y a quien retornará (cf. Jn 16, 28).

>>Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo” (Jn 17, 3). Toda la vida cristiana es como una *gran peregrinación hacia la casa del Padre*, del cual se descubre cada día su amor incondicionado por toda criatura humana, y en particular por el “hijo pródigo” (cf. Lc 15, 11-32). esta peregrinación afecta a lo íntimo de la persona, prolongándose después a la comunidad creyente para alcanzar la humanidad entera.

>>El Jubileo, centrado en la figura de Cristo, llega de este modo a ser un gran acto de alabanza al Padre: - clamor del Espíritu en nuestro espíritu (cfr. Rm 8, 15-16)- “Bendito sea el dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo” (Ef 1, 3).>> (n. 49).

<<En este tercer año el sentido del <<camino hacia el Padre>> deberá llevar a todos a emprender, en la adhesión a Cristo Redentor del hombre, un camino de auténtica *conversión* que comprende tanto un aspecto <<negativo>> de liberación del pecado, como un aspecto <<positivo>> de elección del bien, manifestado por los valores éticos contenidos en la ley natural, confirmada y profundizada por el Evangelio. Es éste contexto el adecuado para el redescubrimiento y la intensa celebración del *sacramento de la Penitencia* en su significado más profundo. El anuncio *de la conversión como exigencia imprescindible del amor cristiano* es particularmente importante en la sociedad actual, donde con frecuencia parecen desvanecerse los fundamentos mismos de una visión ética de la existencia humana>>. (n. 50)

En los dos años anteriores del trienio preparatorio, invitaba el Papa a fomentar especialmente la *fe* (el 96 dedicado a Cristo) y la “*esperanza* en la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos” (el 97, consagrado al Espíritu Santo, “Aquél que constituye el Reino de Dios en el curso de la historia”, hasta su plenitud escatológica).

“En este año 99 será, por tanto, oportuno resaltar la virtud teologal de la *caridad*, síntesis de la vida moral del creyente que tiene en Él su fuente y su meta”. Como la caridad supone la justicia (de la que es “*quaedam plenitudo*” (S. Th. I, 21, 3, 3) invita el Papa a los cristianos -siguiendo el espíritu de la institución del año jubilar del Antiguo Testamento (Lev 25, 8-28)- a un mayor compromiso por reducir las injustas desigualdades sociales y económicas, fuente de conflictos, haciéndose voz de todos los pobres del mundo, proponiendo una condonación o reducción de la deuda internacional, y a avanzar en el respeto de los derechos de la mujer y en la promoción de la familia y el matrimonio (n. 51).

Propone, además, otros dos compromisos ineludibles para este tercer año 99: la confrontación con el secularismo promoviendo la civilización del amor, que encuentra en Cristo su plena realización; y avanzar en el diálogo interreligioso, en especial con las grandes religiones monoteístas, con encuentros en lugares significativos, como Belén, Jerusalén y Sinaí (nn. 52-53).

<<En este amplio programa, *María Santísima, hija predilecta del Padre*, se presenta ante la mirada de los creyentes como ejemplo perfecto de amor. *Su maternidad*, iniciada en Nazaret y vivida en plenitud en Jerusalén junto a la Cruz, se sentirá en este año como afectuosa e insistente invitación a todos los hijos de Dios, para que vuelvan a la casa del Padre escuchando su voz materna: “Haced lo que Cristo os diga” (cf. Jn 2, 5)>>.

Estas consideraciones del Papa sugieren la temática aquí propuesta.

2. La revelación de Dios Padre en la Sagrada Escritura.

Como todo cuanto hay en Dios, su paternidad constituye un misterio, ya que las imágenes de la paternidad humana no bastan para hacerla descubrir. Tenemos que preguntar a Dios mismo: <<Padre, ¿quién eres?>> Sólo Él puede responder. Encontramos en la Biblia el mensaje que contiene esta respuesta.

2.1 *La Paternidad de Dios en el Antiguo Testamento.*

<<La invocación de Dios como “Padre” es conocida en muchas religiones. La divinidad es con frecuencia considerada como “padre de los dioses de los hombres”. En Israel, Dios es llamado padre en cuanto Creador del mundo (cf. Dt 32, 6; MI 2, 10). Pues aún más, es Padre en razón de la alianza y del don de la ley a Israel (cf. 2 S 7, 14). Es muy especialmente “el Padre de los pobres”, del huérfano y de la viuda, que están bajo su protección amorosa (cf Sal 68, 6)>>. (CEC, 238).

Si nos remontamos a los orígenes de la revelación judía, podemos comprender que desde los tiempos más antiguos se reconoció a Dios como Padre. El Dios *El* que veneraba Abrahán llevaba el nombre de Dios Padre¹. La idea de la paternidad divina estaba difundida entre los pueblos que miraban a su dios como padre y lo invocaban con este nombre.

2.1-1. Esta idea se recogió en la fe del pueblo judío. Pero entró en ella después de padecer una purificación. Algunos pueblos, como los fenicios, atribuían al dios una paternidad que implicaba una actividad sexual. Semejante paternidad física no podía convenir al Dios verdadero, que es puro espíritu y que se encuentra por encima de toda generación carnal. El Dios único, venerado por los judíos, posee una paternidad de orden espiritual, que supera con mucho las condiciones de la paternidad humana. Dios es Padre, pero de una manera superior. Es ésta la paternidad que comenzó a manifestarse en el Antiguo Testamento, que tiene un sentido más rico que en todas las demás religiones. Ya el hecho de la creación suponía para los israelitas un vínculo mucho más profundo con Dios que la misma paternidad biológica. Recordemos las palabras de la madre de los Macabeos: <<Yo no sé como aparecisteis en mis entrañas ni fui yo quien os regaló el espíritu y la vida... El Creador del mundo, es el que modeló al hombre en su nacimiento y proyectó el origen de todas las cosas>> (2 Mc 7, 22-23). Los padres al transmitir la vida no hacen otra cosa que tomar parte en el poder de Dios, generador de toda vida.

2.1-2. Además de las relaciones Creador-criatura, existe entre Yahvé y su Pueblo otro tipo de relaciones más profundas por las cuales Yahvé llama a Israel su <<hijo>>, su <<primogénito>> (Dt 14, 1-2) y el Pueblo denomina a Dios su <<Padre>>. Es la libre elección que Yahvé hace de Israel como <<su>> Pueblo y la Alianza que pacta con él las que establecen una relación singular y única entre ambos. En virtud de esta relación singular el Pueblo se siente al amparo de Yahvé. De forma parecida a la tutela que el Patriarca desempeñaba con todos cuantos componían su <<clan>>, así estimaba Israel la paternidad de Yahvé, si bien en un sentido más profundo, cuyo fundamento es la liberación del Pueblo de la esclavitud del Faraón, para constituirlo como pueblo sacerdotal en la alianza del Sinaí, con cuya cooperación se realizarían las promesas de salvación en la descendencia -en singular- de Abraham, en la que serían bendecidos

¹ H. CAZELLES, *Autour de l'Exode*, Gabalda, París 1987, 63.

todos los pueblos de la Tierra. Esto implica una profunda revisión del concepto de Dios como Padre. La certeza de que Dios es Padre e Israel su hijo no se funda en la mitología, sino en la conciencia de su condición de criaturas que han sido beneficiadas por un acto salvífico por parte de Dios Creador, que lo constituyó en pueblo suyo -por el don de la ley en virtud de la alianza del Sinaí-, que Israel experimentó en la historia².

Dios es Padre por haber concebido y dado a luz al pueblo (cf Nm 11, 12), suscitando su nacimiento y su desarrollo, es decir, dirigiendo los acontecimientos históricos que contribuyeron a su formación, revelándoles su nombre, haciéndoles salir de Egipto en la Pacua para hacer alianza con Él mediante el don de la ley mosaica (Cfr. Dt 32, 6). Veló por su desarrollo y lo educó (Os 11, 1-3, 4; Dt 1, 31-33).

Reclamó del pueblo un culto en el que expresase su pertenencia filial: el pueblo está consagrado a su Dios y no puede volverse hacia otros dioses (Ex 4, 21-22).

El Padre se muestra ofendido por el pecado si sus hijos no le rinden el honor que se le debe a un padre (Os 11, 2; Is 1, 2; Mal 1, 6). Pero reacciona de forma misericordiosa, manifestando así la profundidad de su amor. Les ofrece el perdón y la salvación (Jr 31, 20)³.

Donde, sobre todo, aparece esta bondad paternal de Dios con acento más tierno es en los profetas. El amor divino no es descrito con fuerza como el de un padre amoroso que acaricia tiernamente a su hijito. Oseas (1, 4) describe a Yahvé como el más tierno de los padres; cuando Israel era niño Yahvé lo amó; desde Egipto le ha dirigido reiterados llamamientos, le ha enseñado a andar y le ha prodigado todos los tiernos cuidados que una madre prodiga a su hijo: le ha tratado como se hace con un niño de pecho, le ha aupado hasta sus mejillas; se ha inclinado hacia él y le ha dado de comer. No puede resignarse a abandonar a Israel; todo lo contrario: se le conmueven sus entrañas, ni destruirá a Efraín, porque es Dios y no hombre, porque es santo (cf. Os 11, 8.9)⁴.

2.1-3. Pero no es sólo Padre del Pueblo. Poco a poco esta paternidad de Yahvé sobre todo en los libros sapienciales se transfiere al individuo. Es Padre de los pobres y desamparados (Ecl 4, 10-11; 68, 6).

<<Si mi padre y mi madre me dejaran, me acogeré al Señor>> (Sal 27, 10).

<<Padre de los huérfanos y tutor de las viudas>> (Sal 68, 6).

Es, pues, *Padre de cada individuo*⁵. El amor misericordioso que tiene con cada uno es a la vez paternal y maternal y se expresa por la imagen de “las entrañas maternas”. Se trata de un cariño divino, evocado por el afecto de la madre. Dios vela por el comportamiento moral de sus hijos: les corrige y reprende como un padre. Los verdaderos hijos reciben en sus pruebas la asistencia paternal de Dios. Ésta toma una forma especial en la solicitud de la Providencia que guía la historia de la salvación.

2.1-4. Dios es de manera más especial *Padre del rey mesiánico*. Algunos textos afirman en términos misteriosos una generación divina del Mesías. La generación lleva consigo un parecido, el de un rey altísimo a imagen del Dios altísimo. El amor paternal

² J. JEREMÍAS, *El mensaje central del Nuevo Testamento*, Salamanca 1966, 19.

³ Cfr. para todo este tema J. GALOT, *Padre, ¿quien eres?*, Salamanca 1998, 13 ss.

⁴ Cfr. N. SILANES, *Dios, Padre nuestro*, Salamanca 1998, 30-31.

⁵ Hay nombres teóforos, nombres que encierran la palabra <<Dios>> o la palabra <<Padre>>, en donde se expresa la convicción de ser amado individualmente por el Dios Padre, como Eliab (<<mi Dios es Padre>>: Nm 1, 9), Abiezer (<<mi Padre es ayuda>>: Jos 17, 2), Abitu (<<mi Padre es bondad>>: 1 Cr 2, 11). Dios se manifiesta como Padre en la existencia personal.

prometido al descendiente de David es un amor definitivo. Se trata de una preparación a la revelación de la filiación divina de Cristo.

Este misterio es anunciado más especialmente por los textos que representan a Dios como Padre del Mesías. (2 Sm 7, 16; Sal 110, 3; 89, 27-28, 2, 7). El anuncio de una paternidad más completa, en virtud de una generación paternal, se expresa de modo impresionante en el salmo 2, en donde el rey declara en el momento de su ascensión al trono: <<Voy a proclamar el decreto del Señor; él me ha dicho: “Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy”>> (Sal 2, 7). Se trata de un decreto, de una declaración jurídica, que tiene como efecto constituir al rey como un hijo engendrado por Dios mismo. Las afirmaciones del hijo mesiánico engendrado por Dios, resultan especialmente sorprendentes, ya que a diferencia de las divinidades paganas que podían unirse entre sí para engendrar otros dioses, el Dios único y trascendente de los judíos no podía tener ninguna actividad procreativa semejante a la de los hombres. La generación del Mesías no podía ser más que una generación espiritual, que tenía un carácter misterioso. Las afirmaciones <<Yo te he engendrado>> no podrán aclararse y tomar su sentido más vigoroso más que mediante la revelación del Hijo de Dios encarnado.

2.2 El Padre revelado por Cristo.

<<Jesús ha revelado que Dios es “Padre” en un sentido nuevo: no lo es sólo en cuanto Creador que da el ser y lo constituye en pueblo de su propiedad por una alianza salvífica, es tiernamente Padre en relación a su Hijo Único, que recíprocamente sólo es Hijo en relación a su Padre: “Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11, 27)>>. (CEC 240).

2.2-1. Del Dios Padre a la persona divina del Padre.

El antiguo Testamento había revelado al Dios único, atribuyéndole un rostro de Padre. Aunque abundan alusiones veladas a las tres Personas divinas en prefiguraciones y textos sapienciales -sólo discernibles como tales, a la luz del Nuevo Testamento-, todavía no había revelación explícita de la Trinidad, cuya primera persona es la del Padre. Lo que ha de nuevo en la revelación del Evangelio es la revelación del Padre como persona divina; la atribución de la cualidad de padre a Dios en toda su realidad divina. Jesús se hace reconocer como Hijo, enviado del Padre, y nos informa entonces de que en Dios hay varias personas. El Padre y el Hijo son personas distintas.

El misterio de la Encarnación requería necesariamente la revelación de la persona del Padre. Para revelar su identidad personal, Jesús tenía que afirmarse como Hijo, distinto del Padre, pero Dios como él. Cuando pronunciaba en su oración ante los discípulos la invocación “Abba” (cf. Mc 14, 36), revelaba a vez a la persona del Padre y su propia identidad de Hijo en relación con él en la familiaridad más completa.

Puede decirse que, al revelar a los hombres la persona del Padre, Jesús los introdujo en las profundidades de Dios. Él mismo, en calidad de Hijo, vivía en esas profundidades. Amaba y admiraba al Padre; intentó comunicar la admiración que sentía por ese Padre, cuyos secretos conocía. Al presentarse como Hijo a sus discípulos, tenía la intención de hacerles ver al Padre. Todo el curso de su vida terrena quiso ser una revelación de la persona y de la acción del Padre.

2.2-2. El nombre “Abba”.

El nombre “Abba” utilizado por Jesús para designar a Aquel a quien dirigía su plegaria, no significa solamente “Padre”. Tiene que traducirse mejor por “Papá”. Era el

nombre que utilizaban los niños judíos para dirigirse familiarmente a su padre⁶. Nunca jamás habían utilizado este nombre los judíos en sus plegarias a Dios; la familiaridad que suponía, parecía no convenir al Dios soberano y omnipotente, al Dios que se hacía temer por aquellos a los que invitaba a venerarle. Por tanto, hay que ver en esta simple apelación una gran novedad.

Los textos evangélicos no nos ofrecen más que una sola vez la reproducción de la palabra “Abba”, en la oración de Getsemaní que recoge Marcos; pero los estudios exegéticos⁷ han podido demostrar que Jesús comenzaba habitualmente su plegaria a Dios con esta palabra. Se atrevía a llamar “Papá” al que era considerado como un Dios de majestad; y lo llamaba así en las circunstancias más ordinarias de su existencia terrena.

Podía e incluso debía pronunciar esta palabra, ya que el término “Papá” respondía a la perfecta intimidad filial que mantenía con él. El Padre se le entregaba sin reservas y él mismo se abría en plenitud a Aquel del que se sentía amado y a quien amaba todo su ser. “Abba” quería expresar toda la verdad de la paternidad divina: el Padre era reconocido por Jesús como Aquel que era en plenitud Padre suyo. Todo lo que un hijo encuentra en su padre, lo encontraba Jesús en su Padre celestial. La perfección de la paternidad implicaba la generación y la total semejanza del Hijo. Decir “Papá” era discernir en el Padre a quien lo había engendrado y a quien por esta generación lo había hecho totalmente semejante a él⁸.

<<No cabe duda que en Dios Padre y en Dios Hijo se realiza plenamente el concepto de paternidad y filiación, porque el Padre y el Hijo tienen una misma naturaleza y una misma gloria. En cambio, en las criaturas, la filiación con respecto a Dios no se halla según toda su perfección ya que una es la naturaleza del criador y otra la de la criatura; sino en virtud de alguna semejanza, que cuanto más perfecta sea, tanto más de cerca se aproxima al verdadero concepto de filiación>> (según la gradación ascendente de la semejanza: vestigio (los irracionales), imagen (las criaturas dotadas de espíritu) y semejanza (la gracia y la gloria) (S. Th. III, 29, 3, c).

3. Significado del nombre del Padre

<<El nombre propio de una persona significa aquello por lo que tal persona se distingue de todas las demás... Ahora bien, aquello por lo que la persona del Padre se distingue de todas de todas las otras es la paternidad>>. (S. Th. I 33, 2 c).

Al revelarles la persona del Padre, Jesús mostró a sus discípulos que en él se encontraba el modelo de toda paternidad. El Padre no solamente posee todas las cualidades vinculadas a la paternidad, sino que tiene como rasgo distintivo único el ser totalmente Padre en su personalidad. En efecto, su persona consiste en ser Padre, de tal forma que todo en él es paternal.

Se trata de un hecho excepcional, que solamente se verifica en Dios. Un hombre se convierte en Padre; no lo es por nacimiento. Es primero una persona humana y luego se convierte en Padre. La paternidad viene a enriquecer una personalidad provista ya de ciertas cualidades. El Padre celestial, por el contrario, existe desde toda la eternidad como Padre. Es persona divina de Padre por el hecho de engendrar a su hijo. Es la paternidad la que lo constituye en su ser personal. La relación de paternidad se indentifica con su ser. Es integralmente y sólo paternidad subsistente.

3.1. *Paternidad subsistente.*

⁶ Ha sido sobre todo -se entiende, entre los exegetas- J. JEREMIAS el que ha puesto de relieve el sentido profundamente familiar de Abba. Cfr. ABBA, *El mensaje del Nuevo Testamento*, Salamanca 1981.

⁷ J. JEREMIAS, *Teología del Nuevo Testamento*, Salamanca 1974; W. MARCHEL, *Abba, Père, La prière du Christ et des Chrétiens*, Roma, 1963, 132 ss.

⁸ J. GALOT, o. c., 24 ss.

Posee por tanto una personalidad de Padre muy superior a la de todos los padres humanos. En todo lo que es y en todo lo que hace, se comporta como Padre. Por consiguiente, en sus relaciones con nosotros es únicamente paternal, con todo el amor que implica esa paternidad. Cuando nos dirigimos a Él, sabemos que podemos contar con su bondad, infinitamente más generosa que cualquier otra bondad que conozcamos. De Él no podemos recibir más que atenciones paternas. Aquel que es Padre en la mayor profundidad de su ser personal no puede mostrarnos más que un rostro de Padre.

Su paternidad es perfectamente una, pero encierra las propiedades de la maternidad. Por eso no se le llama Padre y madre; es padre, en el sentido de una paternidad que supera las distinciones entre los sexos y que lo designa como el único autor de la generación divina del Hijo. No se trata, por tanto, de una paternidad que se afirme en oposición a la maternidad. Integra todas sus riquezas. De este modo, es mucho más amplia que cualquier paternidad humana.

<<Al designar a Dios con el nombre del "Padre", el lenguaje de la fe indica principalmente dos aspectos: que Dios es origen primero de todo y autoridad trascendente y que es al mismo tiempo bondad y solicitud amorosa para todos sus hijos. Esta ternura paternal de Dios puede ser expresada también mediante la imagen de la maternidad (cf Is 66, 13; Sal 131, 2) que indica más expresivamente la inmanencia de Dios, la intimidad entre Dios y su criatura. El lenguaje de la fe se sirve así de la experiencia humana de los padres que son en cierta manera los primeros representantes de Dios para el hombre. Pero esta experiencia dice también que los padres humanos son falibles y que pueden desfigurar la imagen de la paternidad y de la maternidad. Conviene recordar, entonces, que Dios trasciende la distinción humana de los sexos. No es hombre ni mujer, es Dios. Trasciende también la paternidad y la maternidad humanas (cf Sal 27, 10), aunque sea su origen y medida (cf. Ef 3, 14; Is 49, 15): Nadie es padre como lo es Dios>>. (CEC, 239).

En el origen, hubo un acto eterno de generación. El Padre engendró a su Hijo. Por este acto de generación existe como Padre. Que él sea totalmente Padre significa que existe como persona en cuanto que ha engendrado al Hijo. Su persona está constituida por la relación con el Hijo al que engendra, y recíprocamente la persona existe como relación con el Padre. De este modo resulta verdad que el Padre, en su soberanía, no se volvió hacia sí mismo; se volvió hacia su Hijo y está esencialmente vinculado a su Hijo. Es y vive para otro. En él se encuentra el primer principio y modelo del altruísmo.

Le comunicó toda su riqueza de vida. Por este motivo se afirmó en la doctrina cristiana la perfecta igualdad del Hijo con el Padre. En la generación eterna, el Padre se lo dio todo a su Hijo, de tal manera que ese Hijo está en posesión de la totalidad de la vida divina, siendo Dios tanto como el Padre. Es esta semejanza la que permite a Jesús declarar: "El que me ve a mí, ve al Padre" (Jn 14, 9). Se trata más concretamente de aquellos que vieron al Hijo en su rostro humano y que desean ver dibujados en ese rostro los rasgos del rostro del Padre. El Hijo encarnado lleva en su comportamiento humano la imagen de Padre, ya que su persona divina de Hijo es el reflejo absolutamente fiel del Padre y expresa este parecido en su vida humana, terrena.

<<Yo os aseguro que el Hijo no puede hacer nada por su cuenta. El hace únicamente lo que ve hacer al Padre: lo que hace el Padre, esto también el Hijo. Pues el Padre ama al Hijo y le manifiesta todas sus obras>> (Jn 5, 19-20). De este modo, la semejanza eterna que el Padre había producido en su Hijo por la generación se manifiesta en la existencia humana de Jesús, que modela su conducta por la del Padre.

Cuando el Padre engendra, lo hace por un amor que quiere comunicar al Hijo no solamente una representación intelectual de su ser, sino toda la plenitud de vida que posee. Engendrar es comunicar la vida. El Padre es el que da la vida; el Hijo lo ha recibido todo del Padre, de manera que el acto de generación ha comprometido todo lo que pertenecía al ser divino. La generación fue un primer acto, en el que el generante comunicó al engendrado toda su riqueza divina.

En el discurso que anuncia el don de su carne y de su sangre como alimento y bebida de vida eterna, declara: “El Padre, que me ha enviado, posee la vida y yo vivo por él. Así también, el que me coma vivirá por mí” (Jn 6, 57). Jesús vive por el Padre, es decir, recibe del Padre en todo instante la vida de que está animado. Por tanto, ese Padre es el “viviente”, el que vive por excelencia. Al declarar que *vive por el Padre*, Jesús da a entender que vive también *para el Padre*. Vive para él, le rinde el homenaje completo de su persona, de todo lo que ha recibido de él. El Padre es potencia de vida que desborda, que se comunica en primer lugar al Hijo por la generación eterna. Sin embargo, no puede definirse ese desbordamiento de vida como una simple necesidad de afirmarse a sí mismo.

“Dios es Amor” (1 Jn 4, 16) significa que Dios es Dios, precisamente porque, desde toda la eternidad, el Padre genera *en el amor*, libremente, al Hijo y, con el Hijo, espira al Espíritu Santo, vínculo de amor entre el Padre y el Hijo en la Familia Trinitaria⁹.

Con frecuencia se ha querido interpretar el amor primordial que se encuentra en Dios como amor s sí mismo. Sin embargo, esta interpretación llevaría a pensar que mientras que los cristianos han recibido el precepto de amarse unos a otros, él tendría como regla la de amarse a sí mismo. Cuando Juan declara que <<Dios es amor>>, no se trata ni mucho menos de una amor por el que Dios se encerraría dentro de sí. Se trata de un amor que se abre a los otros con generosidad.

Por la generación eterna del Hijo de alguna forma se olvida de sí mismo para contemplar y amar a su Hijo, hace surgir una persona, a la que da todo cuanto tiene.

Ser Padre significa en Dios ser amor ansioso de difundir su vida¹⁰.

3-2. Padre nuestro.

⁹ Cfr. *El Espíritu del Señor (Texto oficial preparado por la comisión teológica del Comité para el jubileo del año 2000)*. Prólogo del Card. R. Etchegaray) Trad. esp. de Medina de Marcos, Madrid 1997, 29.

El Espíritu Santo es “el Nosotros en persona”, según la fórmula de H. MÜHLEN, que ha hecho fortuna. Yo personalmente creo que esta justa perspectiva debe completarse con una propuesta de la teología oriental que ve una mutua implicación de las tres Personas en las relaciones subsistentes que las constituyen, que en ningún caso serían binarias, sino triádicas. Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Metafísica de la relación y de la alteridad*, Anexo II, donde expongo resumidamente -como aplicación a la metafísica de la relación que me parece justa, en la que se justifica la existencia de tales *relaciones triádicas*-, una línea de reflexión teológica del Oriente cristiano que basa en ellas los orígenes immanentes de la segunda y tercera Personas, que nada tienen que ver con FOCIO. Ellas han inspirado las interesantes investigaciones sobre el “*filioque*” de J. Miguel GARRIGUES. (Cfr. su ponencia en el Simposio sobre la Iglesia y el Espíritu Santo, donde compendia sus estudios sobre el tema. Actas. Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, 1998). Y entre nosotros de B. CASTILLA CORTAZAR, cfr. *La Trinidad como familia*, Analogía humana de las procesiones divinas, en *Annales theologici*” vol 10 (1996), 381-415, que recuerda la analogía patristica -boca, aliento, palabra (el Padre pronuncia la Palabra con el aliento o sople de su boca; en el Espíritu)-, o la sugerencia de una metafórica interpretación del Espíritu Santo como *maternidad hipostática*. No hay que asustarse de esa metáfora *si se entiende con la debida flexibilidad analógica que excluye cualquier alusión al género en Dios* (más bien es la unidualidad complementaria del género el que refleja en su *imagen humana* -analogía “fidei” descendente-aspectos del misterio de la intimidad trinitaria, como comenta Juan Pablo II con reiteración). Estas analogías metafóricas, como la maternidad hipostática -que propone S. BOULGAKOF-, y otras parecidas- parecen de gran interés para defender el dogma -irrenunciable- del FILIOQUE sin caer en banales y falsas interpretaciones “filioquistas”, que justamente rechaza Garrigues.

En palabras de Paul Eudikimov: “La monarquía del Padre (...) Fuente y Principio de la vida divina, es lo que asegura la unidad, la consubstancialidad y la igualdad de las tres Personas divinas. No se trata jamás de relaciones entre el Padre y una de las Dos Personas, sino que se trata siempre, explícita o implícitamente, de las relaciones de Aquél que se revela y de los Otros dos, de Aquéllos que le dan a conocer, siempre en una unidad triple. Es en esta perspectiva que la fórmula *per Filium* significa que el *Filioque* latino deber ser equilibrado por la fórmula correspondiente del *Spirituque*, pues el Padre engendra en el *amor -in sinu Patris-* implica necesariamente al Espíritu, en tres relaciones triádicas: “Padre”, “Hijo” y “Espíritu Santo”. *Las tres son coimplicadas en la perikoresis trinitaria* (“*nihil prius nec posterius*”), dentro del orden -*taxis*- de los orígenes: *generación y procesión en el amor*. (P. EUDIKIMOV, p., *Panagion et Panagia*, en “Bulletin de la Société française d’Etudes Mariales” 27 (1970) 62).

¹⁰ Para todo este apartado, cfr. J. GALOT, o. c. cap. 2. M. J. LE GILLOU, *Le mystère de Père*, París, 1993. F. X. DURRWELL, *Nuestro Padre. Dios en su misterio*, Salamanca 1990. J. CARMIGNAC, *Recherches sur le “notre Père”*, París 1969.

“Dios, infinitamente Perfecto y Bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada. Por eso, en todo tiempo y en todo lugar, está cerca del hombre. Le llama y le ayuda a buscarlo, a conocerle y a amarle con todas sus fuerzas. Convoca a todos los hombres, que el pecado dispersó, a la unidad de su familia, la Iglesia. Lo hace mediante su Hijo que envió como Redentor y Salvador al llegar la plenitud de los tiempos. En El y por El, llama a los hombres a ser, en el Espíritu Santo, sus hijos de adopción, y por tanto los herederos de su vida bienaventurada”. (CEC. n.1).

Al comienzo de la carta a los Efesios, san Pablo rinde homenaje al Padre. En un himno de alabanza, pone de manifiesto el *designio del Padre* que ha dirigido toda la obra de la salvación y que nos revela el sentido de la historia de la humanidad.

El amor paternal se expresó en nuestra predestinación a la filiación divina en Jesucristo. El Padre, en virtud de una elección anterior a la creación del mundo, nos predestinó a ser sus hijos adoptivos en su Hijo único, para hacernos participar de la filiación de su Hijo querido Jesucristo.

Así pues, el universo ha sido creado según esta intención del Padre de ser Padre de todos nosotros. Esta intención significa que el Padre nos amó con un amor particular, haciendo recaer en nosotros el amor que tiene a su Hijo único. Este amor chocó con el obstáculo del pecado. Ante el caos que éste provocó -permitido en la previsión de tan admirable remedio- el Padre reaccionó superándolo mediante el envío de su Hijo -que tomaría carne en María al llegar la plenitud de los tiempos- para procurarnos la redención, el perdón de los pecados por el don del Espíritu que nos envía desde la Cruz salvadora. Su designio tenía la finalidad de recapitular todas las cosas en Cristo, nuevo Adán, Cabeza de la nueva humanidad rescatada con la fuerza del Espíritu que le hace partícipe de la vida trinitaria.

La elevación sobrenatural, en efecto, introduce de algún modo a la criatura humana en la Trinidad. Se puede decir que *lo natural* en sentido estricto es lo que existe *ad extra* de Dios, mientras que *lo sobrenatural*, o divino por participación, es lo que ha sido creado *ad extra* pero elevado o introducido *ad intra* de la Santísima Trinidad, como consecuencia de las mision conjunta e inseparable del Hijo y del Espíritu Santo (las dos manos del Padre de que habla S. Ireneo. Cfr. CEC 703) que culmina en la Encarnación redentora¹¹, para reunir a los hijos de Dios dispersos por el pecado en la unidad de su familia, al Iglesia.

La misión de una Persona divina se verifica en el hecho y mediante el hecho de que la criatura racional participa de la misma”; es decir, de la propiedad personal del Verbo y el Espíritu: la filiación y el amor. (M. J. SCHEEBEN, *Los misterios del cristianismo*, Herder, 2ª ed., Barcelona 1957., 190)¹².

La irrenunciable premisa de la unidad de las operaciones “ad extra” de Dios, exige afirmar que es la Santísima Trinidad quien comunica ad extra la naturaleza divina, adoptándonos como hijos. Pero esta acción “ad extra”, que es la elevación sobrenatural, tiene un término “ad intra” de Dios: la introducción en la Santísima Trinidad como hijos en el Hijo. Introducción que se realiza por el envío (misión invisible) de Espíritu Santo a nuestro espíritu. Que somos hijos de Dios por el Espíritu Santo -por el Hijo, de parte del Padre, como “fruto de la Cruz”-, no significa, pues, que el Paráclito sea causa eficiente de la filiación adoptiva (la causa eficiente es Dios Uno y Trino), sino que somos introducidos

¹¹ Cfr. J. FERRER ARELLANO, *La doble misión conjunta del Verbo y del Espíritu como Incarnatio in fieri*, en “Ephemerides Marilogicae” 1998, Nov.

¹² “Nosotros no somos simplemente hijos adoptivos, sino miembros del Hijo natural; por eso, como tales entramos también realmente en esa relación personal en la que está el Hijo de Dios con su Padre. Es según la verdad, y no sólo según la analogía o semejanza, que nosotros llamamos Padre nuestro al Padre del Verbo; y efectivamente no es tal por una simple relación análoga, sino por aquella única y misma relación por la cual Él es el Padre de Cristo. Lo es de un modo similar a aquel por el que Él, que es el Padre del Verbo eterno, por la misma relación, es también Padre del Hombre-Dios en su humanidad (...); somos de cierta manera -concluye Scheeben- un único Hijo del Padre con Él y en Él”.

en la vida intratrinitaria como hijos en el Hijo por la participación en el Espíritu Santo, por la caridad¹³.

La filiación divina y la caridad son -observa justamente F. OCÁRIZ-, *aspectos formales de la incorporación de la criatura espiritual a la vida de Dios*; formalidades diversas pero a la vez mutuamente *compenetradas e inseparables* que se reciben en el Bautismo -al menos por deseo implícito-, como una semilla de vida eterna, que está llamada a un crecimiento incesante hasta la plena identificación con Cristo, de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*, ¡el mismo Cristo! La filiación divina es, pues, una realidad dinámica, que se intensifica por la intensificación de la caridad. De ahí que la santidad, por lo mismo que es plenitud de la filiación divina, es “plenitud de la caridad”.

4. *Paternalidad divina y misericordia.*

Si recorremos las Escrituras Santas, escribe el Beato Josemaría Escrivá, *descubriréis constantemente la presencia de la misericordia de Dios*¹⁴. La encíclica “*Dives in misericordia*” expone la revelación de la misericordia en el Antiguo Testamento. Toda la historia del pueblo elegido está llena de la misericordia de Dios. Especialmente acude a ella en sus necesidades, y en su arrepentimiento después del pecado individual o colectivo. Vemos en la predicación de los profetas que la Misericordia supone un *poder especial de amor que prevalece sobre el pecado*. Emplea dos términos *eshed*, que connota el aspecto más paterno del perdón por fidelidad a sí mismo, y *rahamín*, que denota el amor gratuito, exigencia de un corazón maternal. (Cfr. nota 52).

Por su misericordia oye Dios al pueblo oprimido en Egipto, y lo libera; como le liberará más tarde de la cautividad de Babilonia. Cuando el pueblo adora el becerro de oro, Dios le perdona por su Misericordia, como a David arrepentido. Son innumerables los ejemplos. Los cuales muestran también que *en la Misericordia es superior el Amor a la Justicia*. (“*Misericordia superexaltat iudicium*” (Sent 2, 3); pero “*non tollit iustitiae, sed est quaedam iustitiae plenitudo*”¹⁵ Así, el Antiguo Testamento es un terreno ya preparado para la revelación del Padre que hará Cristo.

Esta revelación del amor de Dios Padre hacia sus hijos alcanza su cumbre en las páginas del Evangelio, pues *Jesucristo resume y compendia toda esta historia de la misericordia divina*.

Jesucristo es la Revelación del Padre. Como dice el apóstol Felipe, el que me ha visto a mí ha visto al Padre; mirándole comprendemos *en que consiste el amor*, la insondable profundidad de la benevolencia divina. Las obras y la doctrina de Jesús son como una ventana abierta sobre ese tesoro inagotable.

Penetrar en el corazón de Jesús es descubrir el amor paterno de Dios que se compadece ante las enfermedades y dolencias del cuerpo, y sobre todo ante la miseria espiritual de sus hijos.

Por el sacrificio de Jesucristo, Dios hizo mucho más que no tener en cuenta nuestros pecados: nos libró efectivamente de ellos. Y lo hizo del modo más misericordioso posible, porque, como enseña Sto. Tomás, ser misericordioso <<es como decir que alguien tiene *misericordia en el corazón*, en el sentido de que le entristece la miseria ajena como si fuera propia. Por eso quiere desterrar la miseria ajena como si fuera propia. Este es el efecto de la misericordia.

¹³Cfr. F. OCÁRIZ, *Hijos de Dios por el Espíritu Santo*, en "ScriptaTheologica" XXX (1998) 486 ss.

¹⁴ *Es Cristo que pasa*, n. 7.

¹⁵ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, S. Th, I, 21, 3, 2.

Cristo hizo tan propia nuestra miseria que la llevó sobre Sí: “*tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades*. Por eso, como escribe el Papa, la Cruz de Cristo <<*es una revelación radical a la misericordia*, es decir, del amor que sale al encuentro de lo que constituye la raíz misma el mal en la historia del hombre: al encuentro del pecado y de la muerte>>¹⁶. Un mal que nos habría condenado a una tristísima postración : *éramos por naturaleza -asegura San Pablo- hijos de la ira como los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, aunque estábamos muertos por nuestros pecados, nos dio la vida en Cristo* (Ef 2, 4). Aquella lamentable condición heredada de nuestros primeros padres -*hijos de la ira*- ha sido sustituida por la nueva: *hijos de Dios*.

Dios podía habernos redimido con un designio de su Voluntad, sin embargo, lo hizo del modo -si se puede hablar así- más costoso para Él, queriendo pagar el precio más elevado: toda la Sangre de Jesucristo. Manifiesta así el atributo de Justicia en la máxima expresión de misericordia, pues se hace solidario de los hombres como si nosotros mismos hubiéramos merecido y satisfecho por el pecado, en tanto que formamos con Él una sola persona mística desde el “fiat” de la Encarnación en el seno de la nueva Eva (Cfr. S. Th. III, 48, 31)¹⁷.

En el drama de la Cruz, es el Hijo el que llega hasta el fondo de su amor ofreciendo su vida por la salvación de la humanidad. Pero es el Padre el que toma la iniciativa de este sacrificio: llega hasta el fondo de su amor paternal entregando a su Hijo por la liberación y felicidad de los hombres. El Padre es el primero que se compromete en el camino del sacrificio. <<*Os aseguro que el Hijo no puede hacer nada por su cuenta: él hace únicamente lo que ve hacer al Padre; lo que hace el Padre, eso también hace el Hijo*>>. <<*El que me ve, ve al Padre*>> (Jn 14, 9).

En el rostro lleno de amor del crucificado, habrá que reconocer el rostro lleno de amor del Padre, que hace comprender el origen de la obra redentora. En el dolor de Cristo en la Cruz habrá que buscar el reflejo del “sufrimiento misterioso” del Padre (en sentido analógico).

No solamente obedece Jesús al Padre, sino que el Padre cumple en Él su propio designio paternal: <<*Es el Padre, el que vive en mí, el que está realizando su obra*>> (Jn 14, 10). <<*Yo no estoy sólo porque el Padre está conmigo*>> (Jn 16, 32). A pesar de estar invisible, el Padre lleva a cabo toda la empresa de la encarnación redentora.

Como Abrahán se vio colmado de bendiciones divinas y de una innumerable posteridad por no haber ahorrado a su hijo único (Gn 22, 12-16). El Sacrificio de su Unigénito es para el Padre fuente de una posteridad innumerable, la de todos sus hijos adoptivos en Cristo. Y es para nosotros una fuente de bendiciones: habiendo entregado a su Hijo, el Padre está dispuesto a concedernos todos sus favores (Rom 8, 31 ss). Su amor se nos ha abierto de la forma más completa.

Dios realiza el parto doloroso de la nueva humanidad. Los “dolores de parto” de que habla el evangelio de Marcos (13, 5-9) subrayan el *aspecto maternal* del amor del Padre a los hombres. Esta imagen designa *la fuente de la misericordia de la que el Padre es el modelo supremo, y su reflejo más perfecto en los corazones de Jesús y de María*.

El Padre es, en efecto, fuente de la paternidad y de la maternidad humanas: su paternidad se manifiesta en la procreación y educación de los hijos. Se expresa igualmente en la paternidad y maternidad espirituales.

¹⁶ Juan Pablo II. Litt. enc. *Dives in misericordia*. 30-XI-1980. n. 3.

¹⁷ Para todo este tema, cfr. Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, cit. dedicada al Padre, en la que expone la “dimensión divina de la Redención”. En la Encíclica “*Redemptor hominis*” desarrolla su dimensión humana en tanto que busca en ella confirmar y enaltecer la dignidad originaria del hombre.

La maternidad concedida a la Virgen María refleja más especialmente el amor misericordioso cuya fuente es la paternidad maternal del Padre. La maternidad universal de María es una maternidad en el orden de la gracia, que comunica la vida por Cristo en el Padre por obra del Espíritu que vivifica y constituye la Iglesia nacida del costado abierto de Cristo y de la espada de dolor de la Mujer, pues quiso asociar a su Madre en su triunfo (en la Cruz gloriosa) sobre la antigua serpiente¹⁸.

5. Filiación divina y conversión.

Nuestro Padre del cielo perdona cualquier ofensa, cuando el hijo vuelve de nuevo a El, cuando se arrepiente y pide perdón. Es tan Padre, que previene nuestros deseos de ser perdonados, y se adelanta, abriéndonos los brazos con su gracia.

<<Cuando aún estaba lejos (el hijo pródigo) lo vio su padre, y enterneciéronsele las entrañas y corriendo a su encuentro, le echó los brazos al cuello y le dio mil besos. Le dio mil besos, se lo comía a besos, comentaba nuestro Fundador. *¿Se puede hablar más humanamente? ¿Se puede describir de manera más gráfica el amor paternal de Dios por lo hombres?* Ante un Dios que corre hacia nosotros, no podemos callarnos, y le diremos con San Pablo, Abba, Pater! (Rom. VIII, 15)>>¹⁹, *una paternidad infinitamente misericordiosa, porque personar es característica propia de los padres*²⁰. Toda confesión es encuentro con la misericordia divina; por eso, para un hijo de Dios, *una de las mejores confesiones es confesarse bien y hacer con frecuencia actos de contrición*.

Existe un modo de perdonar que consiste en pasar por alto una afrenta para exigir una razonable correspondencia a cambio, por ejemplo, una buena conducta en lo sucesivo. Ese perdón humano también puede ser compatible con el orgullo, y ejercerse como una muestra de superioridad sobre quien, no pudiendo satisfacer en justicia, considera un gran logro ser objeto de una confesión graciosa.

De muy distinta manera sucede en la parábola evangélica. <<El padre -escribe San Ambrosio- vuelve a dar al hijo el tesoro que antes poseía>>. Como a nosotros, cada vez que Dios nos perdona: <<en verdad, saldrá corriendo a tu encuentro y se arrojará a tu cuello (...), te dará un beso, que es la señal de la ternura y del amor y del amor, y mandará que te pongan el vestido, el anillo y las sandalias. Tú todavía temes por la afrenta que le has causado. Pero El te devuelve tu dignidad perdida; tú tienes miedo al castigo, y Él, sin embargo, te besa; tú temes, en fin, el reproche, pero Él te agasaja con un banquete>>²¹.

El vestido, el anillo y las sandalias reintegraban al hijo en su dignidad. Eran los atributos que en la sociedad de aquel tiempo manifestaban el señorío sobre lo suyo, ante propios y extraños. Al otorgárselos de nuevo, el padre de la parábola no se limita a perdonar: remedia la miseria del hijo desde la raíz. Le devuelve el honor que antes tenía, para que pueda ir con la cabeza bien alta. Corriendo el riesgo de volver a ser defraudado, le restituye una libertad plena; le reconoce como hijo, sin condiciones limitativas, sin pedir a cambio un obsequio servil²².

Son numerosas las obras de misericordia, tanto corporales como espirituales, que debemos poner en práctica, en la medida de nuestras posibilidades; pero por encima de todas ellas destaca la disposición constante y profunda de perdonar. *Hijos míos, la cosa más grande, más buena, más hermosa -porque es divina- es perdonar (...) Os evitaréis un*

¹⁸ Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Eclesiología implícita en el Protoevangelio*, Actas del Simp. Teol. Univ. Navarra 1994, 537-564; *La persona mística de la Iglesia, esposa del nuevo Adán*, en "Scripta Theologiae" 1995 (27) 789-868.

¹⁹ *Es Cristo que pasa*, n. 64.

²⁰ Alvaro del Portillo, *Cartas de Familia* (3), n. 395.

²¹ San AMBROSIO, *In Ev. Lc.*, VII, 212.

²² Véase la exposición de la parábola que hace Juan Pablo II en *Dives in misericordia*, cit. cap. IV.

*montón de malos ratos, si sabéis perdonar desde el primer instante (...) ¡Hay que perdonar! Pero de verdad, sin resentimiento. El perdón es cosa divina*²³.

Como muchas voces han hecho notar, es sorprendente que, en el ciclo litúrgico, el culto al Padre no halla suscitado la instauración de una fiesta propia del Padre²⁴. Desde hace algún tiempo abundan las iniciativas de petición a la Santa Sede para instaurarla en la Iglesia universal (Cfr. Galot, o. c., 127 ss). El Padre es la única persona divina que no tiene una fiesta particular. Parece ser que no se ha desarrollado aún suficientemente la conciencia filial de los cristianos. Si embargo, el Padre está en el origen de toda la obra de la salvación que conmemora la liturgia y continúa presidiéndola. Una fiesta reservada para él, sería la manifestación más notable del homenaje filial de los cristianos. Llamaría la atención sobre el papel del Padre en nuestro destino. Tendría igualmente un valor ecuménico. En efecto, los contactos ecuménicos encuentran en el Padrenuestro una oración que repara la unidad de los hermanos separados.

J. F. A.

²³ De nuestro Padre, Tertulia, 10-V-1974.

²⁴ Por ejemplo, J. GALOT, *Abba, Père I Cridu plus ardent amour*, Louvain 1990; A. RIAUD, *Dieu Père, Fils, Esprit Saint*, París 1990; VV. AA. Actas del Simposio 1991, *Dios es Padre*, Salamanca 1991.